

JORGE HUNEEUS

LA
LECCION DE LA JORNADA



APUNTES PARA UN ESTUDIO HISTÓRICO DE NUESTRA SITUACIÓN POLÍTICA
EN 1894

(Artículos publicados en *El Heraldo* de Valparaíso.)

5



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA Y LIBRERÍA "ERCILLA"

BANDERA, 21-K

—
1894

BIB 227078

JORGE HUNEEUS

LA
LECCION DE LA JORNADA



APUNTES PARA UN ESTUDIO HISTÓRICO DE NUESTRA SITUACIÓN POLÍTICA
EN 1894

(Artículos publicados en *El Heraldo* de Valparaíso.)



SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA Y LIBRERÍA "ERCILLA"

BANDERA, 21-K

1894



LA LECCIÓN DE LA JORNADA

(Apuntes para un estudio histórico de nuestra situación política en 1894).

I

NUEVOS HORIZONTES

Podemos estar tranquilos.

La crisis del liberalismo ha pasado.

El gran partido histórico que ha empujado el progreso de la República á la cultura que hoy alcanza, queda afianzado en el Gobierno.

El pueblo chileno ha probado ser bastante inteligente, y bastante sano para haberse asimilado definitivamente la idea liberal y para hacerla triunfar con energía en la hora de peligro.

La hora ha llegado, el pueblo se ha puesto de pié y con la altiva resolución que caracteriza los actos de un pueblo libre, armado de su derecho electoral, acaba de ganar una victoria decisiva contra la reacción clerical conservadora que amenazaba dominarlo.

El partido clerical queda á la puerta, condenado de un modo perentorio por el voto del país que lo acaba de declarar débil minoría en toda la República.

Y vuelven á abrirse de par en par las puertas del Gobierno de la patria al glorioso y viejo partido liberal, que se presenta poderoso á afianzar las conquistas de treinta años de Gobierno y á preparar los nuevos triunfos y progresos del porvenir.

Nunca hasta hoy presenció el país una jornada de mayor trascendencia social ni de mayor solemnidad política.

La crisis de desorganización y fraccionamiento que traía tan gravemente enfermo al liberalismo, se divisa ya conjurada en el porvenir por la actitud avanzada, leal y resuelta del partido radical.

Sin temer á la impopularidad ni á las asperezas que rodean siempre á los grandes sacrificios políticos en las situaciones difíciles, el radicalismo acaba de salvar al enfermo liberal arrastrándolo—con el luminoso y patriótico instinto de la conservación—á la liquidación con el partido adversario y, en consecuencia, á la unión honrada y franca con las grandes facciones que desgarraban tan hondamente á la familia chilena.

El voto del país, emitido libremente, tiene un alcance enorme cuyas consecuencias debemos apresurarnos á señalar sin temores pueriles ni reticencias cobardes.

II

NUEVOS FACTORES DE LA SITUACIÓN

Los caracteres que acentúan mejor las lecciones de la jornada y cuyos rasgos han de formar la fisonomía de la

futura política chilena los debemos buscar, ante todo, en la investigación de cuáles son los partidos y grupos políticos ó personales que han disminuído su antigua representación parlamentaria y cuáles son los partidos ó grupos que la han aumentado.

Aceptado, como base de raciocinio, el hecho incontestable de que el acto electoral ha sido libre,—á pesar de la hostilidad gubernativa francamente desarrollada por el honorable Ministro del Interior y sus colegas conservadores contra el partido radical,—todos estamos obligados á considerar el resultado de esta elección como el fallo inapelable del país.

Los partidos que aparecen debilitados en su representación son, pues, partidos condenados por el veredicto público y los partidos que la han aumentado, son partidos levantados por el país y que, por tanto, deben llegar necesaria y lógicamente á influir en el Gobierno de la República.

No olvidemos tampoco que la actividad y entusiasmo extraordinarios desarrollados por todos y cada uno de los partidos en las vísperas de la última contienda, dan á los resultados de ésta los caracteres excepcionales y gravísimos de una victoria que puede estimarse definitiva para los triunfadores y de una derrota también definitiva para los perdidosos.

Aunque en los momentos en que escribimos no se conocen exactamente las modificaciones parciales que la calificación de poderes puede acarrear, debe asegurarse desde luego que las líneas generales del resultado electoral establecen de modo incontrovertible los siguientes hechos:

- 1.º Disminución considerable de la antigua represen-

tación del partido conservador en el Congreso y fracaso completo de cerca de veinte de sus candidaturas, ó sea condenación del país á la dirección clerical impresa á ese partido por sus jefes militantes del día.

2.º Disminución considerable, ó sea desaparecimiento de la representación de la fracción montt-varista, llamada impropriamente nacional, ó sea, condenación de la política personal, oportunista y sin doctrina de casi todos los jefes de esa fracción.

3.º Disminución considerable en la representación del partido liberal, derrotado, como el anterior, en las personas de sus jefes más reconocidos y ardorosos, ó sea, condenación terminante del país á la llamada *alianza liberal*, que ha resultado ser sólo una alianza personal de los jefes del partido liberal con los jefes de la fracción montt-varista.

Se vé claro que el electorado de la República no acepta una alianza liberal á que no se había invitado sinceramente ni al partido radical—que ha sido y será siempre el cerebro inspirador del liberalismo chileno—ni al partido liberal-democrático caído,—que por su fuerza indiscutible en el país y por su decisión enérgica contra la reacción clerical—está llamado á incorporarse lealmente en el grueso del antiguo partido liberal y á ser uno de los brazos activos en la acción general del liberalismo.

4.º Derrota de las candidaturas independientes de partido y no reelección de todos aquellos radicales ó liberales que no fueron fieles á la disciplina ni á los compromisos de sus partidos.

5.º Mantenimiento íntegro del número y aumento del prestigio de la representación del partido radical ó sea sanción pública de su actitud en la cuestión de enseñanza

y señalamiento de su hogar como la base de unión y reorganización del liberalismo.

6.º Entrada vigorosa del partido liberal democrático, que llega al Congreso con una representación organizada valientemente contra el clericalismo y contra los políticos autoritarios, aficionados á los estados de sitio.

7.º Aparecimiento parlamentario de una pequeñísima pero clara representación del partido democrático que demuestra que la tendencia genuina del pueblo es tanto más anti-clerical cuanto mayor cultura, bienestar y progreso alcanzan las clases obreras.

Establecidos estos hechos fundamentales,—que han sido una sorpresa inaudita sólo para aquellos ciegos que no han querido ver y para aquellos sordos que no han querido oír,—cúmplenos inducir algunas consideraciones que se imponen primordialmente á propósito de cada uno de ellos.

III

LA DERROTA DEL PARTIDO CONSERVADOR.

1.º La derrota del partido conservador es un castigo de la política excesivamente interesada y partidarista desarrollada por sus directores en los últimos años.

Es un hecho reconocido que este partido no ha prestado de ordinario servicios generales al país sin exigir el pago al contado del precio de su contingente. Pruebas al canto: el concurso prestado por los conservadores en favor de la causa de la revolución, que representaba la causa de la Constitución, de las leyes y del derecho electoral, fué estipulado sobre el precio de la absurda ley llamada de la

comuna autónoma, ley que, por su lado violaba también el espíritu y la letra de la Constitución conservadora de 1833.

El país se ha convencido ya de que sin *comuna autónoma*, los conservadores, que hoy niegan el aire y el agua á los caídos de 1891, habrían sido tan balmacedistas ó, por lo menos, tan *sanfuentistas* como los más íntimos amigos de Balmaceda. Para constancia, ahí está la prensa conservadora del primer semestre de 1890. (EL INDEPENDIENTE y EL ESTANDARTE CATÓLICO de Santiago y LA UNIÓN de Valparaíso.)

Después del triunfo de la causa constitucional, idéntica actitud. La debilidad de la mayoría liberal de la Cámara y la necesidad de afianzar el triunfo de la revolución, convinieron en solicitar el patriótico concurso del partido conservador para cooperar al Gobierno sobre la base de no tocar cuestiones políticas. No obstante, ese partido, olvidando los propósitos altísimos de la primera coalición que todos aceptábamos, rompió el primer Ministerio que la representaba porque no se le daba bastantes ministros de cortes, bastantes jueces ni bastantes funcionarios públicos que pudieran prestigiar electoralmente al partido conservador y puso luego como condición vergonzosa del segundo Gabinete de coalición una concesión importante en la cuestión política por excelencia para todos los buenos liberales de Chile: la cuestión de enseñanza!

Los directores de ese partido tendrán que confesar hoy que fueron impacientes y que fueron, además, anti-políticos. Bastó media hora de medio Gobierno para que los aires de la Moneda les desvanecieran la razón hasta creerse dueños absolutos del país, hasta pretender romper el arca santa de la instrucción pública y hasta soñar con *ocho obispados y con cincuenta diputados!*..

Felizmente, el país ha despertado ante tamaña audacia, el liberalismo ha oído el grito de alarma lanzado desde temprano por el partido radical y se ha puesto de pié en toda la República para conjurar los avances de una reacción que ponía en peligro todas las trabajosas conquistas de nuestra cultura.

Además, y muy principalmente, la derrota del partido conservador es una solemne protesta de toda la nación contra la tendencia desembozadamente clerical impresa á ese partido por sus honorables directores actuales.

El país acaba de probar que si los conservadores no saben la hora del siglo en que vivimos, él sabe, en cambio, que los progresos de la época y la difusión de la instrucción y las luces que alcanzamos, son bastante ya á considerar como la última de las abyecciones políticas y sociales el sometimiento de un pueblo libre, emancipado y viril al yugo de un clericalismo latino español, que es decir retrógrado y jesuítico.

El error fundamental del partido conservador de Chile ha sido el dejarse vencer por un apetito tan desordenado y tan impaciente del Gobierno, que ante él ha abdicado por completo de las sanas tendencias conservadoras que le dieron un alto origen histórico—y que son tan poderosas, tan respetables y tan necesarias en toda sociedad bien organizada!—Esas tendencias las ha sustituido hoy por un jacobinismo reformista, demoledor del Estado y de la venerable Constitución que nos rige y armado al mismo tiempo—por una contradicción funesta y violenta—de las sombrías insignias del fanatismo religioso y del predominio teocrático.

Y hé aquí la razón política del descrédito á que está destinado un partido que enarbola en una sola bandera el

trapo rojo de la demolición del Estado, del federalismo, de la supresión de la instrucción pública, de la supresión de intendentes, gobernadores, universidades, etc., y el trapo negro del predominio clerical, con ocho obispados y con un presupuesto de sesenta millones para fábricas de templos, regalos de islas y subvenciones salecianas!

Ah! Era natural que una gula tan monstruosa y desordenada agotara por fin la despensa enorme de las tolerancias y jenerosidades de este pueblo.

Era tiempo ya de que la verdad y la justicia colocaran en su lugar merecido á los diferentes partidos políticos, reponiendo la influencia de cada cual á su verdadero punto y obligando al partido conservador—en bien y en progreso general de la República—á que si pretende ser respetado en el país y participar alguna vez en la dirección del Estado,—abandone esos jacobinismos reformistas y esas tendencias religiosas que hoy lo han hecho caer de una influencia artificial,—hija de causas escepcionales que no han de reproducirse en Chile—y se incorpore á la marcha progresiva de nuestra cultura política enarbolando como única bandera la respetable tendencia moderadora de las intemperancias de programa y de Gobierno en que pueden incurrir los partidos de progreso!

IV.

LA MUERTE DEL PARTIDO MONTTVARISTA.

2.º Respecto del segundo hecho que viene á modificar la fisonomía de la política chilena con la muerte de los monttvaristas como entidad política directiva é inspiradora

del partido liberal, derívanse también de él algunas reflexiones importantes:

Es la primera la condenación dada por el país á la política oportunista, personal y anti-doctrinaria seguida por aquella fracción desde hace muchos años.

Se sabe que los monttvaristas hicieron Presidente á Santa María y más tarde á Balmaceda, cuya candidatura era resistida por una de las minorías mas ilustradas y prestigiosas que hayan honrado los Congresos chilenos y para el triunfo de la cual uno de los jefes de ese partido cometió el atropello parlamentario más violentamente audaz que recuerda nuestra historia, después de la disolución del Congreso de 1827 por el piquete de caballería del coronel Campino.

Se sabe que, cuando se recordaban las veleidades de que había ya dado muchas pruebas aquel combatido candidato oficial, los montvaristas decían *que el hombre tenía beneficio...*

Se sabe que durante la luna de miel que éstos pasaron en la Moneda con Balmaceda aprovecharon las primeras dulzuras del consorcio para utilizar la intervención oficial, eligiendo Congresos llenos de elementos de influencia personal, sin raíces en la opinión ni en los partidos, pero que ofrecían en cambio gratas expectativas para combinaciones presidenciales futuras.

Se sabe que hacía el mismo tiempo los honorables representantes de ese partido en el Gabinete, los señores Edwards y Pedro Montt, cooperaron con eficaz entusiasmo á aquella política de engrandecimiento material del país por medio de ferrocarriles, escuelas, internados, puentes, acueductos, etc., política que después calificaron de loca y derrochadora en Balmaceda (1888).

Se sabe también que á la influencia de esos mismos estadistas se debió la primera concesión de doctrina hecha para preparar una alianza liberal-conservadora: nos referimos á la no ratificación de la reforma constitucional que suprimía el vergonzoso artículo 5.º (hoy 4.º) de nuestra Constitución Política que establece la religión católica como religión del Estado chileno (1888). Ellos también habían empleado antes (1883-1884) su poderosa influencia en impedir que el liberalismo de Gobierno llegara á la solución de la separación de la Iglesia y el Estado impuesta por los buenos liberales y resistida tenazmente como la anterior, por los monttvaristas, el clero y las pastorales de los jefes de la iglesia chilena.

Estos retrocesos en la política netamente liberal de los Gobiernos anteriores fueron hechos en silencio, como las traiciones, y sin que en aquella Cámara llena de monttvaristas y de jóvenes amigos de los mismos, se levantara más voz de liberal á protestar de tan ignominiosa abjuración de doctrina, que la del anciano y respetable jurisconsulto don Jacinto Chacón.

Se sabe, todavía, que en aquella política de oportunismo el partido montt-varista no vaciló en ofrecer su auxilio decisivo para asestar á su viejo aliado el liberalismo el golpe de gracia que iba envuelto en la ley de incompatibilidades absolutas y en la reforma constitucional que afirma esas incompatibilidades y establece la aristocrática gratuidad de las funciones parlamentarias.

Se sabe, además, que el hábito de dominar en la dirección de la política y la suma de influencia que ejercitaban sin contrapeso, trajo al fin una protesta de los demás grupos liberales que amenazaron con una ruptura, que estalló en Junio de 1889 con el Gabinete llamado de

liquidación en que formaban los honorables señores Lastarria (don Demetrio) y Matte (don Eduardo).

Se sabe que esa liquidación con los montt-varistas—tan bien inspirada como inoportuna en presencia de un Congreso elegido por el propio enemigo que se intentaba destruir—terminó con una nueva comedia en que este partido se declaró muerto oficialmente—una vez más—é incorporado para siempre al grueso del liberalismo de Gobierno.

Se recuerda que, poco tiempo después de la primera noticia oficial de la muerte de ese partido llevada al honorable Senado por las voces entonces autorizadas de los señores don Adolfo Valderrama y don Carlos Antúnez (1886) el país recibió con sorpresa la noticia de la resurrección de los difuntos montt-varistas, cuya vanguardia joven, conocida con el apodo guerrero de *mocelones*, se apresuró á enviar desde las columnas de LA EPOCA, en 1.º de Noviembre de 1888, un chispeante testimonio de vitalidad.

Se sabe, finalmente—para no proseguir la interminable historia de las contradicciones y absurdos en que ha debido incurrir necesariamente ese partido personal para conservar sus influencias en el Gobierno—que, sintiéndose con la responsabilidad de haber hecho Presidente á Balmaceda, creyó de su deber afrontar también la responsabilidad de echarlo abajo, cuando en hora aciaga éste rompió nuestro régimen legal.

Con el apoyo eficaz á la revolución constitucional debió terminar la vida de este partido, ya que era el verdadero responsable de la exaltación del Dictador. Pero desgraciadamente no lo comprendieron así algunos de sus jefes, los cuales tornaron á reorganizar el partido liberal declarándose muertos de nuevo é incorporados sus restos en

el suelo de la patria para abono y feracidad de la doctrina liberal!

Pronto aparecieron síntomas mortales de que la influencia de ese partido difunto era bastante para ganar batallas después de muerto—como el Cid Campeador. Con efecto, en la batalla de la famosa Convención liberal (1892) para la reorganización del partido y reforma del programa, la influencia del elemento montt-varista se dejó sentir no sólo en las elecciones para los cargos de mayor honra é importancia,—presidencia, vice presidencia y tesorería del partido,—sino principalmente en la reforma del programa, que fué mutilado, escarnecido y abjurado con la borradura de los únicos dos principios que prestaban todavía alta razón á la bandera: la separación de la Iglesia y el Estado y la instrucción laica, gratuita y obligatoria!

Los montt-varistas quedaban así incorporados en el partido liberal y podían firmar sus registros. ¡Pero, para eso se había arriado la bandera y el glorioso programa del partido liberal se había sustituido por algunos artículos copiados del reglamento del consejo de higiene!

Los montt-varistas podían entrar. Pero en cambio se sentían obligados á salir muchos liberales, que veían traicionada la bandera con una evidente aproximación al clericalismo y que pudieron comprobar que la verdadera base de la reorganización del liberalismo era el predominio absoluto de los montt-varistas y de los indecisos en la dirección del partido.

En cuanto á la juventud,—sávia, brillo y porvenir de los partidos,—se encontró delante del singular dilema: ó de avanzar al radicalismo, en busca de la luz de sus ideales apagada en la Convención liberal ó de quedarse en el antiguo partido, ya sin fe, sin ilusiones y sin entusiasmos.

Los que tuvimos la honra de hacer lo primero, obramos lógicamente y honradamente yendo á aumentar con nuestro modesto contingente las fuerzas vivas y salvadoras del radicalismo.

Los que hicieron lo segundo, son los responsables del engaño en que han caído algunos esclarecidos jefes liberales á quienes hicieron creer que aún podía el liberalismo contar con fuerzas, con juventud y con prestigio para repetir sus antiguas victorias, cuando en realidad ellos mismos—los jóvenes liberales—han dejado derrotar á sus jefes en la primera batalla sin encontrar fuerzas ni pechos valerosos para su defensa.

Y ¡cómo la juventud no había de perder la fe en sus mentores, cuando durante toda la política de coaliciones pudo ver con escándalo que la dirección estaba en manos amigas de los adversarios tradicionales y cuando los jefes liberales habían perdido la fe y el valor hasta permitir que la mano gazuza del clericalismo se atreviera á saquear el tesoro de nuestras conquistas en la instrucción pública!

Y así se permitió que presidiera un Gabinete de fisonomía predominantemente liberal el honorable caballero don Pedro Montt, estadista que representaba la supresión del programa liberal exigida á la Convención de 1892 y el acercamiento franco al clericalismo!

Las consecuencias de haber entregado la dirección del liberalismo á los montt-varistas no podían hacerse esperar.

La opinión pública y la voz de las asambleas radicales denunciaron á tiempo el peligro y previnieron al país, que por medio de algunos montt-varistas que figuraban como liberales estaba convenida la entrega del Gobierno de Chile al predominio conservador-clerical. La opinión pública llegó, con sus grandes instintos adivinadores, hasta

señalar la candidatura presidencial del honorable y acaudalado Presidente del Senado como precio y transición al régimen futuro de coalición monttvarista conservadora permanente.

Pero los jefes liberales continuaban dormidos en su optimismo y no despertaron ni siquiera á los golpes de muerte con que el leader del Gabinete quiso herir en todas partes al radicalismo.

Fué establecida como regla sana de Gobierno imparcial: que todo denuncia contra los radicales debía ser creído y que todo denuncia contra conservadores ó monttvaristas debía ser despreciado!

Por eso, fueron destituidos ó licenciados, por fuerza, casi todos los funcionarios radicales.

Y por eso, los curas y obispos, que han ejercido verdadera presión electoral sobre el pueblo, fueron tranquilizados y estimulados en su obra de persecución oficial al liberalismo.

La indignación pública y el malestar del liberalismo llegaron á su colmo cuando se vió que sin razones suficientemente justificadas, en vísperas de elecciones y por iniciativas del Ministro montt-varista, se declaraba en estado de sitio al país, inaugurándose contra el partido caído una nueva era de persecución destinada á debilitar sus trabajos electorales y á robustecer consecucionalmente la futura representación conservadora del Congreso.

Todo este cúmulo de errores increíbles—á los cuales no queremos agregar, por demasiados reconocidos, la inoportunidad política evidente con que la dirección del liberalismo abrió las campañas bien intencionadas, pero estemporáneas contra el alcoholismo, y en favor del aumento tributario, de la reforma municipal y de la conver-

sión metálica;—todo este cúmulo de errores, decimos, es lo que ha producido la catástrofe de la última elección para el partido llamado liberal.

La libertad del acto electoral ha venido á liquidar la responsabilidad de todos esos errores, estableciendo que, por lo que toca á los del liberalismo, pueden resumirse en una sola y enorme falta: la de haber abandonado la dirección del partido al elemento montt-varista que, en su mayoría—con la honrosa excepción de su respetable Presidente y de algunas personalidades sin influjo directivo—tiene tendencia clerical y ha deseado á su vez abandonarlo poco á poco á la absorción audaz del adversario conservador.

El país es liberal y ha castigado esta falta.

Hé ahí el significado de la gran derrota sufrida por el partido montt-varista.

Con él muere en Chile el partido personal—que levantaba otros grupos y recelos también personales—y que convertía la política chilena en juego mezquino de hombres en lugar de lucha noble de ideas y de principios.

Por lo demás, en esta derrota del montt-varismo de 1894 encontramos la última glorificación de los dos grandes estadistas chilenos don Manuel Montt y don Antonio Varas, que fundaron aquel partido cuando respondía á una gran razón de Estado y á una verdadera necesidad social y que pretendieron su disolución seria y honrada cuando habían pasado del todo las necesidades que lo crearon.

Algunos de los herederos de aquellas dos grandes y puras glorias de la política chilena, no quisieron aceptar tan sana y patriótica doctrina, y en vez de incorporarse en los partidos tradicionales respectivos, siguiendo cada cual su tendencia—ya hacia el clericalismo, ya hacia el radica-

lismo—prefirieron quedar constituidos en un cenáculo aparte que no ha podido vivir sinó perturbando infatigablemente el juego natural de los partidos históricos chilenos.

Hé ahí por qué esa agrupación ha sido condenada solemnemente por todo el país en la primera manifestación libre y completa de la voluntad pública.

V

LA LECCIÓN PARA EL PARTIDO LIBERAL

3.º Llegamos al tercer hecho fundamental revelado por las urnas: la disminución evidente de la representación del partido liberal llamado de Gobierno.

La derrota de los jefes más importantes de ese partido ha sido una simple confirmación de que el país no aceptaba la política de abatimiento doctrinario y de aproximación conservadora desarrollada por la alianza liberal durante los últimos tiempos.

El error más grave castigado en la alianza liberal es el de haber apoyado los flancos de su ejército—debilitado por la revolución— en el elemento montt-varista, que como ya lo hemos dicho, ha mantenido siempre inteligencias con el adversario conservador—en lugar de apoyarlos resuelta y lealmente en su aliado doctrinario de veinte años, en la vanguardia probada y gloriosa del partido radical.

De allí la separación de este último partido, de allí su noble actitud de atalaya de la doctrina y de las conquistas liberales. De allí los triunfos morales de opinión que obtuvo en la hermosa serie de campañas por él emprendidas en favor de la amnistía sin mutilaciones, en defensa de la enseñanza pública amenazada, en apoyo de la fe constitu-

cional violada sin objeto por el actual Ministro del interior en el caso del honorable señor Villamil Blanco, y, por último, en defensa del derecho electoral oprimido por los empleados eclesiásticos del Estado.

En todas estas campañas recientes, el partido liberal no siguió la tendencia representada por el radicalismo, sino antes al contrario, despreció su honrada actitud dejándole solo en la arena entregado á las iras del adversario y prefiriendo la paz con éste á la lealtad con los propios.

Por otra parte, errores de alcance administrativo, económico y social tan enormes como la falta de una política determinada con los vencidos de 1891, y como las leyes de aumento de contribuciones, de represión alcohólica y de conversión metálica violentas,—leyes todas bien inspiradas, pero todas estemporáneas y anti-políticas,—han venido á probar al país que el partido liberal de Gobierno navegaba con el timón roto y con la brújula perdida.

Voces aisladas, pero resueltas, se levantaron por todas partes clamando contra tales errores y señalando á los viejos pilotos las tremendas rompientes de una cuestión social gravísima á donde se arrastraba al liberalismo al alejarlo cada día más del pueblo y de sus tendencias democráticas.

Desde las columnas editoriales de LA PATRIA de Valparaíso—entonces á nuestro cargo—nos cupo la honra de protestar con enérgica franqueza, y en más de una ocasión, contra aquellos rumbos impopulares que habían de alejar al pueblo del liberalismo arrastrándolo á nuevos y peligrosos hogares.

Pero la consigna era no oír á nadie é ir ciegamente al despeñadero.

Por fortuna, la responsabilidad del más grave y del más

anti-político de estos errores—el de la conversión metálica á plazo fijo—no cae sólo sobre el partido liberal, sino que alcanza en distintas proporciones á los demás partidos políticos. Sin embargo, no es aventurado creer que las otras agrupaciones fueron arrastradas á este yerro por los directores más influyentes del liberalismo y del montt-varismo.

Rememorados á la lijera estos acontecimientos, debemos encontrar en ellos la causa racional de la disminución de las fuerzas liberales, así como la lección elocuente de que si se desea salvar lo que queda del prestigio del partido liberal, se impone como necesidad urgente una obra de reparación de todos los errores consiguientes á su intimidad con el montt-varismo y á sus debilidades con el adversario clerical.

Es preciso tomar las armas de nuevo, levantar en alto las abatidas banderas de la doctrina, enmendar con franca lealtad todos aquellos yerros de alcance social que puedan aún ser enmendados, como la conversión metálica á plazo fijo, como la forma, gravosa al pueblo y no al fabricante, de la represión alcohólica, como la ley de comuna autónoma, como la ley de agrupación electoral de provincias y departamentos, que abre inmenso campo al cohecho y á las influencias pecuniarias de unos cuantos ricos afortunados y como la ley de incompatibilidades parlamentarias y municipales absolutas.

Final y principalmente, la lección que se impone sobre todas al liberalismo, bajo el punto de vista político, es la de realizar la unión vigorosa de todos los partidos liberales, para lo cual bastaría con fundar la tendencia y el futuro programa del partido en inspiraciones doctrinarias que coincidan con la tendencia y el programa radicales y en

aspiraciones de carácter proteccionista, económico y social que armonicen con el partido llamado liberal-democrático y con el grupo demócrata.

La gran misión del liberalismo de Gobierno es encauzar y fundir esas vigorosas tendencias nuevas representadas por los elementos radicales y democráticos, temperándolas racionalmente al vaciarlas en un partido de Gobierno poderoso, fuerte y resueltamente progresista.

He ahí una obra más sabia, más patriótica y mil veces más política que la de excitar esas tendencias nuevas dándoles apodos que no merecen y presentándolas al país con colores exajerados y demagójicos, que hoy no tienen, pero que desgraciadamente tendrán mañana si no se propone pronto á la incorporación de todos esos elementos en un gran partido liberal de Gobierno.

VI

MUERTE DE LAS CANDIDATURAS INDEPENDIENTES.

4.º En la derrota casi general de las candidaturas independientes nos llega envuelto un nuevo síntoma regenerador de nuestra política.

Efectivamente, de hoy más quedan muertas las candidaturas personales que no sean de partido, lo cual significa que hay en el país un vivo anhelo de que los partidos se organicen y disciplinen de una manera estable, prestigiosa, capaz de hacer el Gobierno ó de fiscalizar el Gobierno, á pesar de los eternos obstáculos é intrigas que oponen á tan alto objeto las intemperancias de algunos caracteres mal inspirados y los despechos de las ambiciones heridas y de la vanidad personal frustrada.

Así, pues, la derrota de las candidaturas de los independientes y de los indisciplinados ciudadanos que se han permitido despreciar las organizaciones de partido así como la no reelección de todos aquellos honorables diputados que se negaron á formar en la fila de su ejército, son otros tantos hechos elocuentes que revelan que progresan grandemente los hábitos políticos del país. Nadie ignora que hoy puede establecerse, de acuerdo con los más grandes publicistas y con la experiencia de los países más adelantados, que el prestigio de las candidaturas independientes y de la acción personal de los hombres, está en razón inversa de la disciplina de los partidos, y de la seriedad de los Estados. Nadie ignora tampoco que esa disciplina y esa seriedad son las únicas bases sólidas y aceptables del sistema parlamentario ó representativo de Gobierno.

En esta parte, la lección de la jornada revela, pues, un progreso precioso, cuya conquista asegura días más felices y tranquilos para la organización de nuestra vida republicana.

VII

EL TRIUNFO DEL PARTIDO RADICAL.

5.º Síntoma no ménos halagador para la reorganización del liberalismo es el aumento de la representación radical. Preséntase esta á la nueva Cámara con elementos más saneados en número, en actividad y en disciplina.

Después de las observaciones anteriores, no nos queda ya sino establecer, como causa del mayor prestigio y de la mayor popularidad á que hoy llega el radicalismo chi-

leno, su actitud vigilante, altiva y no desmentida en todas las cuestiones de doctrina.

Puede decirse—usando la frase feliz de un amigo nuestro—que en los últimos años el radicalismo ha sido el único liberalismo organizado.

Por eso no ha cedido en cuestiones de doctrina y por eso se encuentra hoy lleno de vida y de juventud. Y nótese de paso que la representación radical lleva al Congreso un timbre que no pueden ostentar la mayor parte de las representaciones de los otros partidos: el de haber logrado el voto popular espontáneamente y sin los grandes recursos artificiales de dinero y de cohecho con que cuentan generalmente las candidaturas de aquellos partidos que tienen tesorerías abundantes para sus trabajos electorales.

La representación radical tiene un doble valor moral y político: el que representa por sí misma y el que representa por la pureza y sobriedad de sus esfuerzos electorales.

Para los buenos radicales es un noble orgullo reconocer que su partido no tiene tesorería de los trabajos políticos. Así como para los demás partidos no puede ser honroso el dispendio enorme, los verdaderos ríos de dinero empleados en la última contienda para asegurar sus diputaciones y senaturias.

Por lo demás, el auge del radicalismo es una necesidad social histórica que se ha impuesto lógicamente en todas las horas difíciles de crisis porque han atravesado los partidos progresistas de Gobierno.

Se comprende sin dificultad que cada vez que el partido liberal siente realizado su programa, agotadas sus fuerzas ó vacilante su actitud, tienda á buscar nuevas inspiraciones

de doctrina y nuevos vigores de opinión en las corrientes radicales que, en Chile, han sido siempre las inspiradoras intelectuales del liberalismo.

Por eso, los elementos nuevos, que brotan permanentemente en las sociedades, han tendido á cobijarse bajo la tienda radical cada vez que en las tiendas del liberalismo se ha arriado la bandera de la consecuencia con los principios inspiradores de aquel partido.

De ahí que los abatimientos y la desorganización de las fuerzas de Gobierno en 1851, trajeron por consecuencia el agrupamiento en tienda parte de las nuevas fuerzas progresistas que no se sentían satisfechas con las tibiezas resabiadas de autoritarismo del antiguo partido pipiolo. Esta segregación benéfica, iniciada por Bilbao en la *Sociedad de la Igualdad* y organizada poco después por los Mattas, los Gallos, los Espejos, los Arcos, etc., con el nombre de *partido radical*, ha constituido desde entonces una especie de depósito precioso de reserva liberal, al cual recurre el liberalismo en las horas de evolución y de peligro y en el cual bebe cada vez los nuevos principios, las nuevas inspiraciones y las nuevas tendencias que deben informar su obra de propaganda y de Gobierno.

Todos recuerdan hasta qué punto el partido de Gobierno se sintió en 1872 atemorizado por las tendencias de una reacción fanática y teocrática idéntica á la que hoy representa el partido conservador.

Nadie ha olvidado que las conquistas liberales realizadas á la sazón con tanto esfuerzo por los elementos progresistas del Gobierno, se vieron arrastradas al borde del abismo por mano de la reacción y todos deben recordar que el liberalismo de aquella época—fatigado de sus trabajos anteriores—hubo de recurrir entonces al partido

radical para apoyarse en él como en elemento de Gobierno y de opinión.

De ahí la conocida alianza liberal radical sellada en 1875 en casa de don Jorje Huneeus por los ilustres estadistas don Federico Errázuriz y don Manuel Antonio Matta.

El cansancio del liberalismo de entonces, su desconcierto y falta de programa definido por realizar, le hicieron pedir prestado al radicalismo el gran programa de secularización y libertades públicas que este venía levantando desde 1851 y que el país anhelaba ya ver desarrollado en el Gobierno.

Hoy se presenta nuevamente la misma situación histórica.

El liberalismo, fatigado, dividido y destrozado por veinte años de Gobierno, vió llegar la revolución de 1891 y se lanzó en ella á quemar su último cartucho, con el propósito noble de conquistar para siempre el derecho electoral del pueblo—la más importante de las aspiraciones del antiguo radicalismo.

La suerte de las armas, decidida por el apoyo del país, ofrecieron al liberalismo con el triunfo de la revolución, la realización de la última y preciada conquista.

Con ella quedaba terminada gloriosa é históricamente la evolución y la obra del antiguo liberalismo de Gobierno.

Por eso, después del triunfo de la revolución, se ha encontrado éste desconcertado y sin rumbo. Y por eso también, falto de programa y de doctrina por realizar y desvanecido por los triunfos anteriores, llegó hace poco hasta la debilidad de abandonar casi en absoluto la dirección del Gobierno á elementos adversarios.

Pero como no se gobierna en vano un país durante tanto tiempo y como tampoco ha podido ser estéril la

propaganda incansable de doctrina hecha por el radicalismo desde hace treinta años, el país se ha puesto de pie y, aprovechando en las elecciones recientes la última conquista del liberalismo, ha declarado nuevamente que es necesario salvar la crisis de este gran partido de Gobierno reorganizándolo resueltamente —y desde el Gobierno, como en 1875— sobre la base de las nuevas tendencias y de los elementos avanzados, que son los heraldos infatigables del progreso humano!

Por eso hoy, á distancia de veinte años de la última reacción retrógrada, toca al partido radical la misma posición histórica altísima y decisiva para contener la postrera tentativa de un clericalismo latino español que, aprovechándose de las divisiones intestinas del liberalismo y de las perturbaciones originadas por la revolución, ha intentado asomar nuevamente la cabeza.

Y el partido radical deberá ser llamado como auxiliar esencial en la tarea de reorganizar el liberalismo desde el Gobierno.

Pésele á quien le pesare, duélale á quien le doliere, el partido radical cumplirá esta misión noble y patriótica, por que es la que le deparan la lógica de las cosas y la voluntad soberana del pueblo manifestada en la última jornada electoral.

Creemos sinceramente que el partido radical deberá sellar pronto una alianza definitiva con todas las demás agrupaciones liberales pidiendo, en cambio de la participación que le corresponderá en el Gobierno de la República, la incorporación de sus ideas y aspiraciones en el programa de la futura alianza liberal.

He ahí la mejor justificación de su pasado.

He ahí la mejor prueba de que el partido radical es y

será siempre necesario en Chile—como un eterno renovador de los desgastes á que está condenado forzosamente el liberalismo de Gobierno.

He ahí, en fin, la prueba de que el partido radical no es partido de jacobinos, de demagogos ni de anarquistas, como lo pretenden la prensa clerical y la prensa de los desechados de la política, de los desertores de sus tiendas y de los vencidos en las urnas.

Con la historia en la mano acabamos de probar que el partido radical ha sido siempre partido de orden, de progreso y de Gobierno.

Y con los acontecimientos de mañana se convencerán hasta nuestros adversarios de que el partido radical continúa siendo,—hoy más que nunca,—partido de orden, de progreso y de Gobierno!

VIII.

EL PARTIDO LIBERAL-DEMOCRÁTICO.

7.º Quédanos por considerar el significado de la entrada al Congreso del partido liberal-democrático.

Desde luego, vemos en ella una protesta de importantes elementos de opinión contra la política desarrollada por la coalición liberal-conservadora.

Observemos en primer lugar que los sustentadores de la bandera liberal-democrática han borrado con alto criterio político las palabras de *balmacedismo* y *dictatorialismo* con que los conservadores se empeñan en seguir denominándola.

A consecuencia de ésto y de los errores administrativos, económicos y políticos de todo orden realizados por la

coalición, muchos de los elementos populares heridos directamente por esos errores, han ido á cobijarse bajo la bandera liberal-democrática. Las erradas leyes de amnistías mutiladas, de alcoholismo, de recargo tributario, de conversión metálica á plazo fijo y los decretos de estado de sitio, han venido á poner de pie en toda la República á un número creciente de ciudadanos que se han sentido heridos en sus intereses y que se han visto arrastrados lógicamente á aquel partido que levanta la bandera de protesta más enérgica y violenta contra los responsables de todos aquellos desaciertos.

No se trata en ese partido—no puede tratarse en ningún partido—de resucitar cuestiones muertas que no volverán á dividir á los chilenos, como las de si es lícito ó no atropellar la Constitución, mantener Gabinetes censurados y gobernar sin Leyes de presupuesto. La situación del 1.º de Enero de 1891 no puede crearse de nuevo artificialmente y es seguro que no volverá á presentarse jamás en Chile.

Hoy todos los partidos son constitucionales y la bandera de libertad electoral enarbolada por la revolución triunfante tiene empeñado en ello su honor, supuesto que por la brecha de libertad de sufragio abierta por sus defensores en nuestras prácticas de Gobierno, han penetrado hoy—organizados y responsables—los antiguos sostenedores del régimen caído y atendido que éstos se dan una nueva denominación que debemos respetar, porque representa tendencias comunes á todos los liberales y radicales que fuimos ayer sus adversarios.

La entrada del partido liberal-democrático, la disciplina de sus trabajos, el número de sus afiliados, el éxito de su prensa, están demostrando que no se apoya

en la idea de la Dictadura, ni en la pretensión de reconstruir lo pasado ó resucitar lo muerto, pues jamás partidos fósiles ó agrupaciones de carácter personal han podido encontrar los elementos de poderosa vitalidad con que vemos levantarse á este en todo el país.

Nó, es preciso abrir los ojos y decir la verdad sin ofuscaciones ni reticencias.

Éxito del partido liberal-democrático prueba que se apoya en elementos populares de opinión y que, por tanto, sus aspiraciones y tendencias de hoy no son ni pueden ser las aspiraciones ni las tendencias fracasadas por falta de ese mismo apoyo en 1891.

Este hecho podrá ser negado por el amor propio de algunos miembros de ese partido: mas no será menos cierto y evidente por eso.

No debe, pues, considerarse hoy á los representantes de aquel partido como á los caídos de 1891, sino como á ciudadanos que, aleccionados en experiencias dolorosas de ayer y convencidos de que el progreso y el porvenir de la República están vinculados al predominio definitivo del liberalismo, intentan ahora traer el concurso de sus fuerzas y de sus observaciones á la grande obra de reorganización y unificación del liberalismo de Gobierno.

Escrita en su bandera traen ellos una tendencia que representa doctrina avanzada para la reorganización del liberalismo.

La palabra *democracia*, que forma el lema del nuevo partido, representa anhelos que todos los radicales y liberales sinceros estamos obligados á aceptar y respetar, porque es una palabra que está escrita también en los programas y en el corazón de todos nosotros.

Todos estamos de acuerdo en que el Gobierno de Chile

debe ser la resultante del voto de los más y no la imposición de la voluntad caprichosa de unos pocos,—como ha sucedido hasta ayer y como desearían algunos que continuara sucediendo.

El relativo auge de este nuevo elemento que entra á figurar en la escena de nuestros poderes públicos, no refleja en el fondo sino la necesidad urjente de acentuar en las demás agrupaciones liberales la tendencia preferente hacia el pueblo y hacia las clases trabajadoras—que es lo que estas llaman *democracia*.

Para reorganizar el gran partido liberal que las urnas han llamado irrevocablemente al Gobierno—se impone, pues, como necesidad impostergable la de levantar esa nueva tendencia, como el verdadero lazo de unión, de doctrina y de Gobierno de todos los grupos del liberalismo.

Esta será obra política porque permitirá el predominio tranquilo de un partido fuerte con mayoría de 64 diputados liberales sobre 30 conservadores. Y esto consolidará el orden público, servirá de garantía eficaz de que el partido caído se incorpora en las vías normales y finalmente, contribuirá á levantar nuestro nombre y nuestro crédito en el extranjero.

Será obra de progreso, porque la acentuación de la tendencia democrática—entendida como preferente atención al proteccionismo industrial y al mejoramiento de las clases pobres,—es una tendencia que representa una necesidad violenta de nuestro organismo y que, como tal, llena un progreso evidente.

Será obra de justicia, porque es justo que se respete la voz de las mayorías, que es la voz del pueblo. *Vox populi, vox Dei*, dicen los textos católicos, que parecen olvidar por completo los católicos de Chile. Y la voz de las mayo

rias, que son el pueblo, ha dado su fallo en tal sentido en las urnas del domingo 4 de Marzo pronunciándolo por una abrumadora mayoría liberal que no puede convertirse en mayoría conservadora, por más que así lo haya anunciado y pedido la palabra milagrosa del hábil novelista que hoy redacta LA PATRIA de Valparaíso.

Será, en fin, obra cristiana, porque los únicos elementos que pueden impedirlo — los rencores personales de ayer, la división de la familia chilena, los odios inmorales legados por una guerra de hermanos—son elementos condenados abiertamente por la doctrina de Cristo y por la de todas las iglesias que de ella se derivan y que, en consecuencia, no pueden ser aceptados por los hombres sanos de entendimiento y rectos de corazón.

IX

EL PARTIDO DEMOCRÁTICO

8.º Casi todo lo dicho respecto de las causas que han producido la representación liberal-democrática, es aplicable, en un orden más acentuado hacia el pueblo, respecto de la manifestación regular de fuerzas organizadas hecha por el partido democrático.

Este se compone de un elemento simplemente popular, cuyas aspiraciones se sintetizan en el proteccionismo industrial.

Estando este problema vinculado íntimamente á la solución del problema económico, y siendo, por otra parte, el proteccionismo aspiración acentuada de la mayoría de los ciudadanos y proclamada en los últimos tiempos por la prensa y los centros más ilustrados del país, cabe, pues,

consignar, como un factor de la presente situación, la necesidad absoluta de que el liberalismo de Gobierno satisfaga estas justas aspiraciones del pueblo, entrando de lleno en una política económica francamente proteccionista.

Así se incorporará el pueblo entero en el antiguo liberalismo. Así desaparecerán esas organizaciones políticas incipientes que viven de la escitación de amor propio á que las tiene condenadas el desprecio con que hasta hoy las han contemplado los directorios de los antiguos partidos históricos.

Y así desaparecerá el grave peligro social de que la organización política demócrata, que por ahora no pide sino algo tan justo y equitativo como la protección industrial, se convierta poco á poco en despechado foco de rencores del pobre contra el rico, de la democracia contra la aristocracia.

La desidia de los partidos históricos en esta materia, sería criminal, pues ella no tardaría en producir de modo artificial pero terrible, un remedo incipiente y salvaje del movimiento anarquista iniciado por los dinamiteros y nihilistas de Europa.

La historia nos enseña que no se conoce más que un medio de desarmar y vencer de un modo definitivo á las agrupaciones políticas que amenazan la paz social.

Ese medio es tomarles su bandera y su programa.

Preguntemos á esos partidos segregados y perturbadores qué es lo que piden. Preguntémoselos á tiempo, tratemos lealmente con ellos y si nos piden algo justo—no hay partidos posibles en el mundo sin una aspiración de justicia—digámosles que nosotros también lo pedimos.

Y probemos en seguida que deseamos cumplir esas

aspiraciones realizándolas sin miedo hasta donde nos lo permitan los deberes de una levantada previsión política.

En Chile mismo tenemos ejemplos históricos de disolución de agrupaciones políticas perturbadoras.

El primer partido liberal-democrático fundado por el inmortal Benjamín Vicuña Mackenna, levantó en 1874 y 1875 una organización por lo menos tan poderosa y tan popular como la que se ha levantado hoy al mismo nombre, pero con aspiraciones correspondientes á otra época.

La aspiración del gran partido liberal-democrático—que se llamó por mucho tiempo *Vicuñismo*, en honor á su primer jefe, como se ha llamado Balmacedismo al actual, en honor al hombre que provocó su origen,—era la de conquistar el derecho electoral, sacudiendo para siempre el yugo ominoso de la intervención oficial de los Gobiernos.

Pues bien, esa aspiración, que se juzgaba por los estadistas de la época tan prematura y risible como muchos de éstos consideran hoy el proteccionismo, no triunfó entonces en las urnas; pero, en cambio, los partidos históricos—comprendieron como por instinto—que era preciso desarmar á un partido que podía torcer á malos rumbos arrastrando elementos considerables de opinión y de Gobierno.

Y al efecto, después de derrotarlo en las elecciones memorables de 1876 le tomaron la bandera enarbolándola intacta sobre las torres del partido liberal-histórico.

Desde entonces la aspiración hacia el derecho electoral fué programa sincero de los mismos partidos que en el hecho no habían querido ó no habían podido darla.

Y así ha venido por fin á triunfar el partido liberal-democrático de aquellos tiempos incorporándose con todos

sus numerosos elementos en las poderosas organizaciones políticas de los partidos históricos.

Tal es la lógica de las evoluciones históricas.

Y por eso, nosotros, que tenemos profunda fe en ellas, traemos á la mente de los estadistas de hoy estos importantes recuerdos á fin de que en ellos encuentren la lección aprovechable para las circunstancias presentes.

El liberalismo histórico no podrá vencer ni incorporar en su organismo los nuevos elementos democráticos que por hoy son considerados una amenaza, sinó tomándoles su bandera, apropiándose su programa y realizando poco á poco en el Gobierno de la República todo lo que haya de realizable, de sensato y de patriótico en ellos.

X

INDUCCIONES GENERALES.

1.° Las sorpresas de la última elección, prueban con evidencia que el acto electoral ha sido casi absolutamente libre de la vieja presión oficial.

Esto no significa que en los procedimientos anteriores al acto mismo el honorable Jefe del gabinete no haya desarrollado parcialidad evidente en favor de la causa conservadora y hostilidad manifiesta contra la causa radical. Es de justicia también dejar constancia de que si el acto electoral ha sido libre de la intervención de los funcionarios civiles del Estado, no puede decirse otro tanto de los funcionarios eclesiásticos, cuya abierta intervención contra liberales avanzados y radicales ha sido abusivamente aceptada por el honorable Ministro del interior y sus distinguidos colegas conservadores.

Ello manifiesta que en algunos altos funcionarios ha habido el deseo de impedir la libertad electoral en cuanto podía favorecer al liberalismo, y que si este deseo siniestro no ha podido realizarse para dicha y orgullo de la nación, no debemos agradecer tal circunstancia á un Gabinete determinado sino al triunfo de nuestra revolución de 1891 y á la presencia de su ilustre y honrado caudillo en el Gobierno.

Queda, pues, establecido que la conquista del derecho electoral es una gloria, un progreso y un orgullo inmenso para toda la República.

2.° En esta libertad, que han debido reconocer los mismos enemigos de la revolución, puesto que á ellos ha beneficiado más directamente, debemos encontrar nosotros la postrera justificación el levantamiento contra la Dictadura: ella ha debido convencer á sus adversarios de otra época de que en el fondo la revolución obedeció á un sagrado principio y de que en el hecho ha consagrado una gran conquista. Y este acuerdo de vencedores y vencidos constituye la más sólida garantía de paz completa en el porvenir.

3.° Esta conquista puede considerarse definitiva, puesto que ha sido bastante gloriosa para imponerse contra las tentativas de ciertos y determinados miembros del Gobierno hostiles al radicalismo y contra la presión descarada de las autoridades eclesiásticas del Estado.

4.° La derrota del partido conservador importa el predominio definitivo del liberalismo en Chile y la condena definitiva del país á la política demoledora y clerical de este partido.

En vano es que sus miembros pretendan explicar tan hondas decepciones con una abstención electoral de sus correligionarios que los condenaría todavía más y que haría

mucho más vergonzosa su derrota. No es aventurado esperar, como consecuencia histórica y benéfica de ésta, un cambio paulatino pero completo en la tendencia, en el programa y en los medios de acción del partido conservador. De lo contrario—si se pretende mantener la alianza del elemento conservador sano é ilustrado con el elemento eclesiástico fanático y retrógrado--volverá ese partido á ser derrotado, como lo ha sido ahora y como lo fué en todas sus campañas memorables de 1840 a 1841, de 1851 a 1858 y de 1869 a 1872. ¡Algo debe enseñar la historia!

5.º La muerte del monttvarismo—que coincide con la derrota de las candidaturas independientes y con una relativa derrota del cohecho pecuniario como elemento de influencia y corrupción electoral en el pueblo,—importa también un inmenso progreso en nuestra organización política, pues con aquella muerte y estas derrotas, caen los últimos baluartes que mantenían el personalismo en la política chilena y que formaban el mayor obstáculo de los muchos que se han opuesto a la organización sana y disciplinada de grandes partidos de doctrina.

6.º El desmembramiento sufrido por el partido liberal de Gobierno importa una condenación explícita del país á su política de los últimos años. En consecuencia, el primer deber del futuro liberalismo de Gobierno será deshacer poco á poco todos los errores de su antecesor inmediato: comuna autónoma, agrupaciones electorales de provincias y departamentos, indiferencia industrial, libre-cambismo internacional, incompatibilidades absolutas, ley sobre alcoholes, ó sea contribución del consumidor en vez del fabricante de veneno, ley de colación de grados y principalmente ley de conversión metálica á plazo fijo y Ministerios de coalición liberal-conservadora.

7.º El auge del radicalismo señala su actitud como la actitud del país y sus aspiraciones de Gobierno netamente liberal y doctrinario como las verdaderas aspiraciones de la opinión pública.

8.º La importancia desarrollada por el liberalismo democrático y por los demócratas, prueban la necesidad imprescindible de consultar en el Gobierno las tendencias y las ideas nuevas de fusión del liberalismo y de aproximación al pueblo que ellos representan.

9.º Se impone, como corolario y lección suprema de la jornada electoral, la necesidad de reorganizar sólida y definitivamente á los partidos liberales sobre bases nuevas de doctrinas que los aproximen y fusionen á todos ellos. Los manifiestos moderados de las Juntas Ejecutivas respectivas son una necesidad en tal sentido y la reunión próxima de grandes Convenciones para la revisión de los programas deberá solucionar políticamente estos problemas.

10.º En el entretanto, y mientras los acontecimientos traen por sí mismos nuevos factores al problema, queda en claro, como solución de actualidad política inmediata, la necesidad evidente de liquidar la coalición liberal-conservadora y de encargar el Gobierno de la República á un Gabinete que represente una fusión liberal-radical acentuada, compuesta de hombres que en el orden político, y principalmente en el orden económico, no aporten compromisos ni solidaridades con los errores del régimen anterior y que sean al mismo tiempo una garantía de conciliación, de paz y de respeto para el nuevo partido liberal democrático que entra hoy al Congreso. De lo contrario, el Gabinete no sería estable porque no podría llenar los anhelos de la opinión pública.

11.º Este sería el principio de la solución. La última.

palabra de ella, la pronunciará la actitud que ha de asumir dentro del Congreso, respecto de ese Gabinete, el nuevo elemento liberal-democrático.

De la actitud de él dependerá exclusivamente que se rocen, se acerquen y se fundan definitivamente todos los grupos liberales para formar un Gobierno fuerte ó que vuelvan á desgarrarse formando la liga constitucional de 1891 y hundiendo en la anarquía y en la muerte al partido liberal.

No tenemos interés en ocultar que esperamos del patriotismo de todos los liberales y de las caras experiencias del pasado que la solución definitiva ha de ser la de la unión, porque es la única que puede conducirnos á la paz interior, al progreso político y al engrandecimiento verdadero de la República.

JORJE HUNEEUS

Santiago, Marzo de 1894.

